

ángulos de la boca y las bridas que parten de ésta, son de color negro. Tiene veinticuatro plumas en el timón. Se encuentra principalmente en el norte de Rusia y península escandinava.

Tercero: El cisne menor (*cygnus minor*), muy semejante al anterior, pero más pequeño. Tiene diez y ocho á veinte plumas en el timón. La piel que cubre su cuerpo es verdoso-rojiza. Vive frecuentemente en la Siberia.

La segunda de estas tres especies es la que más se caza; por lo tanto nos ocuparemos de ella principalmente.

Cuando son adultos, el plumaje que les cubre todo el cuerpo es blanco como la nieve; siendo jóvenes, hasta el segundo año, en que han alcanzado su total desarrollo, es de color gris oscuro con tendencia al verdoso. En el segundo año van perdiendo las plumas grises, sustituyéndolas por blancas; hasta que en el tercer año son ya todas de este color.

El pico de los pollos en el primer año es negro, en el segundo ceniciento, en el tercero empieza á tomar color amarillo, y más tarde se convierte en naranja oscuro, terminando siempre en la punta con una uña encorvada hacia adentro. Sobre la raíz del pico, en la mandíbula superior, se advierte un bulto externo de color negro y forma redonda.

Desde éste se extiende hacia los ojos una piel desnuda de pluma, de color negro y de figura triangular. La cabeza es de la misma forma que la de los gansos, y cuando los cisnes son viejos se observa en la parte superior de ella una calva de color pardo rojizo.

El cisne tiene un cuello muy largo, que gira en todos los sentidos y está constituido por diez y ocho vértebras. Su posición ordinaria, cuando el ave está tranquila ó bien nadando, le da la apariencia de una S. Al nadar levanta un poco las alas, como si quisiera que le sirvan de velamen. Tiene en ellas extraordinaria fuerza; tanta, que, á pesar del peso de su cuerpo, vuela con más velocidad de la que se le puede suponer. Cuando está irritado es capaz, con un golpe de ala, de romper un hueso á una criatura y aun de dejar cojo á un animal del tamaño de un caballo.

En el primer año tienen las patas y las membranas que unen sus dedos, de color negro; en el segundo aplomado; en el tercero y siguientes los pies son negros con viso rojizo. Nadando parece que de cuando en cuando da un golpe de remo con sus patas con la fuerza suficiente para avanzar un largo trecho, en cuyo tiempo lleva las patas tendidas hacia atrás sin ningún movimiento.

La longitud de un cisne completamente desarrollado, desde la punta del pico hasta el extremo del timón, es de 1 metro 26 centímetros; la anchura de punta á punta de sus alas extendidas es de 10 centímetros, y el peso ordinario, de 25 á 30 libras.

El aspecto de este animal denota orgullo; su mirada, maldad. Á pesar de vivir muchos años en domesticidad, el macho conserva casi siempre mala intención, por cuya causa debe siempre evitarse que los niños se pongan á su alcance.

Dan á conocer su estado de irritabilidad por medio de un silbido semejante al de los gansos, y por poner las plumas de punta. El cisne hembra emplea su valor y su fuerza con motivos más nobles.

Con tierna solicitud emplea la madre las fuerzas que le ha dado la Naturaleza en defender sus hijuelos, no sólo contra el irritado padre, sino contra los animales carnívoros y las aves rapaces; de tal manera, que el zorro, el águila y aun el buitro, en la mayor parte de los casos, tienen que retirarse sin conseguir su objeto.

Cazadores del norte afirman que en las aguas donde se mantiene el cisne no se ven animales destructores de la pesca.

El cisne vive muchos años, y se asegura que puede llegar á un siglo. En el primer año de su vida mueren casi dos terceras partes de los pollos, por los parásitos que adquieren en las aguas estancadas y por la ferocidad del padre.

Los cisnes tienen su celo, como las demás aves, en el principio de la primavera, y se mantienen apareados durante él. En abril se preparan un nido construido, sin arte alguno, con aneas, juncos y ramas delgadas, en las orillas de las aguas: lo rellenan con plumas propias, y la hembra deposita en él seis ú ocho huevos de color verde blanquecino, permaneciendo cinco semanas sobre ellos para incubarlos.

Durante la incubación, el macho se separa muy rara vez y por corto tiempo del sitio en que está situado el nido, para, en caso de necesidad, defenderle con tenacidad y bravura.

Tan pronto como salen los polluelos, siguen á la madre, bajo cuya protección continúan hasta la entrada del próximo celo.

El alimento de los cisnes consiste en toda clase de hierbas é insectos acuáticos. También comen trigo, centeno, cebada, avena, y en general todos los cereales.

Su afición al agua es tanta, que rara vez se les ve fuera de ella, y esto por corto tiempo. Es ave de paso, y busca siempre las localidades en que, además de tener bastante alimento, sean abundantes de aguas.

La carne del cisne es muy dura y tiene un gusto rancio; la de los pollos se dice que es comestible, tal vez por haber figurado en los festines de la época del bajo imperio como manjar favorito. Las pieles de cisne y su pluma constituyen un magnífico artículo de comercio.

La caza del cisne ofrece pocas dificultades. No es nada medroso, y por tanto no se aleja con la presencia de los cazadores. Se mata con bala, recechando, debiendo procurar siempre el cazador ponerse bajo viento y ocultarse de su vista cuando han sido ya muy foguados. Cuando se tenga que tirar al vuelo, para no errar, debe apuntarse al pecho.

Así como para la caza del ansarón y del ánade, se emplea en la cobra del cisne el perro de muestra que se dedica á la caza de patos.

V

Los mares tienen, así como sus playas, sus pescados y sus climas, sus cacerías especiales y diferentes, sujetas, para la mayor ó menor abundancia, al influjo poderoso de las estaciones. La presente, á pesar de lo rigurosa que se muestra, es una de las más favorables, y días hay en que al hacer la travesía por las agitadas corrientes del estrecho desde Dover á Calais, ó desde Boulogne á Folkestone, cree el maltratado viajero que se han roto las hostilidades entre las islas Británicas y los hombres que habitan nuestro viejísimo continente.

Vastas riberas desnudas, que la mar deja al descubierto en inmensas distancias cuando se retira, rocas y acantilados más ó menos abruptos que forman la costa de Normandía, protegiéndola como muralla inexpugnable; hé aquí el campo que la Naturaleza ofrece al cazador para que luzca su destreza y dé rienda suelta á sus instintos venatorios; empresa tanto más difícil cuanto que la estructura del suelo que sirve de basamento á los peñascos no presenta esos escondites, esas anfractuosidades propicias al que busca una especie de garita ó resguardo donde colocarse al acecho. En el canal de la Mancha no hay nada que se le parezca siquiera, y es preciso resignarse á maniobrar á cuerpo descubierto, imaginando siempre los medios de burlar la desconfianza y el recelo natural de los pájaros que allí viven arrullados por el majestuoso murmullo de las olas.

Mientras mejor está el tiempo, el aire más en calma, y más tersa la cristalina superficie del agua, tanto peor para que el cazador salga á campaña con su escopeta,

porque las aves entonces no se toman el trabajo de abandonar sus refugios habituales. Apenas cuando amanece, y al subir la marea, se ven algunas alondras de mar, esos gentiles pajarillos que se divierten en jugar con la espuma que hacen las olas al morir sobre la arena. Además van en bandadas de veinte ó treinta, y rara vez se puede sorprender la astucia de sus inquietas é inquisidoras miradas.

Pero cuando sopla con furia el viento N. ó el O., que es mejor aún, el espectáculo varía por completo, y con los negros nubarrones que pesan en la atmósfera como si fuesen de plomo, con las fugaces llamaradas de los relámpagos, y los remolinos de agua con que el mar desahoga sus recónditas iras, se presentan también millares de pájaros aumentando con sus vuelos, sus gritos y sus aletazos el agitado rumor de los elementos en discordia.

¿De dónde vienen esas aves? ¿Por qué acuden siempre cuando la tempestad se desencadena? Tal vez navegan á lo largo por el aire, en busca de brisas menos inclementes que las que reinan aquí, y sorprendidas por los bramidos de las olas vuelven á la costa á esperar que se apacigüen los furios del océano. Quizás los sacudimientos submarinos hagan subir desde los abismos hasta la superficie una multitud de moluscos y otros animalejos débiles y desarmados, que constituyen un alimento exquisito para los pájaros, apresurándose éstos á gozar de las delicias del banquete improvisado.

Nadie lo sabe á punto fijo, pero el cazador de aquel país se aprovecha de la circunstancia, y, provisto ante todo de tupidas medias de lana que le preserven de esa humedad que tanto *roea*, como dicen los marineros; de una escopeta, de gran cantidad de cartuchos, de un perro que no le tenga miedo al agua, y, por último, de un grano de juventud, dos de filosofía y medio de paciencia; sale resueltamente á la playa y da principio á la tirada, que es abundante casi siempre, porque las aves costeras tienen alas enormes, adonde van á dar los plomos cuando no alcanzan al cuerpo; y al sentirse heridas y desprovistas de sus preciosos medios de volar, caen al mar con rapidez vertiginosa, huyendo de la playa las que escapan con vida, porque saben que los tiros salen de tierra y que en el mar no tienen nada que temer. Así es que los cazadores ponen especial esmero en demostrar á los pájaros que son inofensivos paseantes, y especialmente que no tienen escopeta, para lo cual la llevan boca abajo y pegada contra el muslo derecho. También visten por precaución blusa azul y gorro colorado, á fin de confundirse con los pes-



CAZA EN MANO DE AVES ACUATICAS

cadores y no excitar sospecha á los hijos favoritos del aire.

En cuanto tiran, vuelven á esconder rápidamente el arma para que las aves que estén lejos y se asusten al oír el tiro no tengan tiempo de apercibirse de quién es y dónde está el culpable. Éste no se detiene jamás ni espera á que el perro cobre la pieza, pues, si no, es hombre perdido, huyendo la caza de él como se huye á la aparición de la peste.

Algunos cazadores, después de matar el pájaro, lo entierran en la arena con las alas abiertas como si estuviese cogido en una trampa pugnando por desahucarse del lazo, y retíranse después á 50 ó 70 metros de distancia. Los individuos de la especie que vuelan por los alrededores van á ver lo que sucede á su camarada, aprovechándose el hombre de aquella curiosidad tan

intempestiva para llenar el morral á sus anchas. Este sistema tiene el inconveniente de que se necesita andar mucho, porque una vez recogido el botín no vuelven las aves al mismo sitio, y es preciso recorrer algunos kilómetros si se quiere jugarles de nuevo la mala pasada.

Los pájaros que caen en estos momentos en el canal de la Mancha son las gaviotas blancas, las urracas grises, las alóndras marinas y las cercetas, cuya carne preparan muy bien en el país, en una salsa cuyo ingrediente principal es el zumo de la naranja agria.

Verdad es que los cazadores atrapan sendos constipados y alguno que otro romadizo; pero ¿qué importa el dolor físico al lado de la satisfacción moral de poder decir: «Hoy he privado de ochenta ó cien habitantes á los extensos dominios del espacio?»



CAPITULO XXX

LA CAZA DE LA PERDIZ

I



ue la clásica caza de la perdiz, que vamos á describir, es el encanto de la generación presente, como fué la diversión favorita de nuestros abuelos, no admite ningún género de duda.

Las delicias de estas salidas antes de apuntar el día, cuando aun no se han extin-

guido los rumores de la noche, teniendo al lado al fiel can que brinca y salta, mirando á su amo con estos ojazos brillantes y significativos, han sido contadas en prosa y verso y en todos idiomas.

En la escena venatoria asoma en primer término la sabrosa perdiz común ó vulgar, la *perdrix cinerea* de Latham. El ser tan conocida nos ahorra hacer su propia descripción. Basta, pues, decir que el macho se

distingue por su canto más fuerte, por el espolón obtuso de sus patas y por la marca de castaño oscuro que, á guisa de forma de herradura, ostenta en la pechuga.

Los polluelos se distinguen de las perdices viejas en la última pluma del ala, que es puntiaguda en vez de redonda, y en sus patas amarillas, que blanqueándose en el segundo año conservan la señal amarilla en la punta del pie.

Hé aquí, ahora, unas cuantas estrofas de un cazador cantando los amores de la perdiz y los preparativos de la caza que apellidan los castellanos *del pájaro* (1).

Antes que el monte y el prado
esmalte Abril con sus flores,
de perfumes y colores
prodigio siempre admirado;

(1) *La caza del pájaro*, por D. Balbino Jiménez y Alarcón.